



October 23, 2016

Thirtieth Sunday in Ordinary Time

The prayer of the lowly pierces the clouds; it does not rest till it reaches its goal.

Sirach 35:17



Dear Friends;

“Hi, my name is Ron and I am a sinner.” ...Anyone who has been to a twelve step meeting is familiar with the phrase, “Hi, my name is...and I am a/an (Overeater, alcoholic, drug or sex addict). In twelve-step programs the first step is to acknowledge your addiction/brokenness. This step becomes the doorway to life and healing. The 12 steps are rooted in Christian spirituality. The heart of that spirituality is we are not perfect but are graced and loved.

Our deepest self is not found in our status, success, moral righteousness, family background, our self-made identity, education, money, beauty, stocks, cars, boats and vacation homes. Our deepest self is found when we realize as good as all that is it is fleeting. There has to be something more.

Recently, I was listening to “All Things Considered” on public radio. Author David Szalay was being interviewed. He was nominated for a prestigious literary award for his book *All That Man Is*. Asked about his success he said something that struck me as rather humble. “*I think no matter how much success you pile up, I do feel that set against mortality, there will always be times when it looks pretty flimsy, pretty minor, pretty vanishing almost.*” This statement puts him at the threshold of God.

We all have two selves, one we might call the smaller-self or ego. The other is our larger-self or we might call it the God-self. We need the smaller-self as we establish ourselves in life. This is the self that we develop as we grow and learn about ourselves and the world; it’s our family history, education, our experience, our work, our interests, and the things we have. It is focused on our image that we present to the world. It is always thinking in dualistic terms: good or bad, me/us vs them. The smaller-self is always comparing so it has a tendency to think of itself as separate and superior. But it is really only the container for our larger-self.

Our larger-self or God-self is the self we discover when we realize the limits of our smaller-self. Unfortunately it often takes something traumatic to our smaller-self to discover our God-self. When we experience loss or rejection, suffering or death, when family and friends disappoint, when we disappoint ourselves, when we confront our own inabilities, failings and sin we come to the limits of our smaller-self. We come to understand that what we used to think so important looks “pretty flimsy.” Then we can do one of two things; we can double our efforts to maintain the façade with a ferocious obsession; or we can surrender. We can hand ourselves over to the mercy of God.

Jesus’ parable about the Pharisee and the Publican really describe our two selves. The Pharisee is not a bad person. In many ways he is exceptional in the practice of his faith. The problem is he makes everything about himself. He works hard to say that he is separate and superior to others. He is tired, obsessed and knows not love. His ego prevents him from the freedom of letting go to find God and his deepest identity.

In contrast the publican knows he is messed up. He has given up all his allusions. He does not need to pretend that he is something other than what he is. He can’t rely on his own efforts. Aware of his brokenness he has nowhere else to turn but to plead for the mercy of God. He is free—free of all self-delusion. Now he can come to know that he is loved despite everything. He is free to discover the love of God within—the God-self.

Our weakness lays claim to the grace of God. But we must first own our weakness. To admit we are sinners is liberating—no more pretending. We are broken but also beautiful because we are cared for, graced and loved. Once we know that amazing love we are free and changed forever. There’s no need to compare; we see that love in others as well.

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



23 de Octubre, 2016

Trigésimo Domingo en Tiempo Ordinario

La oración del humilde atraviesa las nubes; no descansa hasta que alcanza su objetivo. Eclesiásticos 35:17



Queridos Amigos;

"Hola, mi nombre es Ron y soy pecador."... Quien alguna vez ha estado en una junta de 12 pasos está familiarizado con la frase, "Hola, mi nombre es... y soy un/una (alcohólico, adicto a la droga, al sexo, a la comida excesiva). En los programas de doce pasos el primer paso es reconocer su adicción/quebrantamiento. Este paso se convierte en la puerta de entrada a la vida y curación. Los 12 pasos están arraigados en la espiritualidad cristiana. El corazón de esa espiritualidad es que no somos perfectos pero somos agraciados y amados.

Nuestro ser más profundo no se encuentra en nuestro sitio social, éxito, rectitud moral, antecedentes familiares, nuestra identidad, educación, dinero, belleza, dinero, barcos coches y casas de vacaciones. Nuestro ser más profundo se encuentra cuando nos damos cuenta de que como todo lo que es fugaz. Tiene que haber algo más.

Recientemente, estaba escuchando "Considerando todas las cosas" en la radio pública. El autor David Szalay estaba siendo entrevistado. Fue nominado para un prestigioso premio literario por su libro *todo lo que es el hombre*, Al preguntarle sobre su éxito, dijo algo que me pareció de cierta manera humilde. "*Creo que no importa cuánto éxito se acumula, creo que frente a la mortalidad, habrá siempre las veces cuando parece bastante endeble, insignificante, casi desapareciendo.*" Esta declaración lo pone en el umbral de Dios.

Todos tenemos dos personalidades, una que podríamos llamar el más pequeño ser o ego. El otro es nuestro ser mayor- o podríamos llamarlo el ser de Dios. Necesitamos al ser pequeño al establecemos en la vida. Este es el mismo que desarrollamos al crecer y al aprender sobre nosotros mismos y del mundo; es nuestra historia familiar, educación, nuestra experiencia, nuestro trabajo, nuestros intereses y las cosas que tenemos. Se centra en la imagen que presentamos al mundo. Siempre está pensando en términos dualistas: bien o mal, yo/nosotros vs ellos. El ser pequeño está siempre comparando así que tiene una tendencia a pensar de sí mismo como separado y superior. Pero en realidad es sólo el contenedor de nuestro ser mayor.

Nuestro ser mayor o ser de Dios es el ser que descubrimos cuando nos damos cuenta de los límites de nuestro pequeño ser. Por desgracia a menudo toma algo traumático para que nuestro ser pequeño descubra nuestro ser de Dios. Cuando experimentamos una pérdida o rechazo, sufrimiento o muerte, cuando familiares y amigos nos defraudan, cuando nos defraudamos a nosotros mismos, cuando nos enfrentamos a nuestras propias incapacidades, fallas y pecado nos acercamos a los límites de nuestro pequeño ser. Llegamos a entender que lo que solíamos pensar que era importante se ve "bastante insignificante ". Entonces podemos hacer una de dos cosas; podemos doblar nuestros esfuerzos para mantener la fachada con una obsesión feroz; o podemos rendirnos. Podemos entregarnos a la misericordia de Dios.

La parábola de Jesús sobre el Fariseo y el Publicano describe realmente nuestros dos seres. El Fariseo no es mala persona. En muchos sentidos es excepcional en la práctica de su fe. El problema es que hace todo acerca de sí mismo. Él trabaja duro para decir que es independiente y superior a los demás. Está cansado, obsesionado y no conoce el amor. Su ego le impide la libertad de soltarse para encontrar a Dios y su identidad más profunda.

En cambio el Publicano sabe que está muy mal. Ha renunciado a todas sus alusiones. No es necesario pretender que es algo distinto de lo que es. No puede confiar en sus propios esfuerzos. Consciente de su quebrantamiento no tiene otra opción mas que suplicar la misericordia de Dios. Es libre, libre de todo autoengaño. Ahora él puede saber que es amado a pesar de todo. Él es libre de descubrir el amor de Dios, el ser de Dios.

Nuestra debilidad reclama a la gracia de Dios. Pero hay que poseer primero nuestra debilidad. Que admitir que somos pecadores es liberador, no más de fingir. Estamos roto, pero también es hermoso, ya que son atendidos, agraciados y encantó. Una vez que sabemos que el amor increíble somos libres y cambiado para siempre. No hay necesidad de comparar; vemos que el amor de los demás.

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com